

RODOLFO ROCKER

LA
ASOCIACION
INTERNACIONAL
DE LOS TRABAJADORES



Y LAS DIVERSAS CORRIENTES
DEL MOVIMIENTO
OBRERO

MEXICO, 1925

LA ASOCIACION INTERNACIONAL
DE LOS TRABAJADORES

Y LAS

DIVERSAS TENDENCIAS
DEL MOVIMIENTO OBRERO

DISCURSO DE

RODOLFO ROCKER

EN EL SEGUNDO CONGRESO DE LA A. I. T.
EN AMSTERDAM, MARZO DE 1925,

Y

RESOLUCIONES DEL MISMO CONGRESO,
CON ALGUNAS APRECIACIONES DE DIEGO ABAD DE SANTILLAN.



GRUPO CULTURAL "RICARDO FLORES MAGON"
APARTADO POSTAL NUM. 1563.
MEXICO, D. F.
1925

DISCURSO DE RODOLFO ROCKER
EN EL SEGUNDO CONGRESO DE LA
A. I. T.—AMSTERDAM. MARZO DE 1925

Camaradas:

Si se quiere comprender justamente la posición del sindicalismo revolucionario con respecto a las otras tendencias del movimiento obrero socialista, es absolutamente necesario tener en cuenta el desenvolvimiento histórico del movimiento obrero en general.

El moderno movimiento obrero es un fenómeno proporcionalmente nuevo, que no puede confundirse con los movimientos anteriores de las clases oprimidas. Es el resultado natural de aquella gran transformación económica de Europa que se inició ya a fines de la Edad Media, y que pudo desenvolverse plenamente tan sólo después de las grandes revoluciones en Francia y en Inglaterra. La vieja sociedad feudal cayó en ruinas, y en todas partes surgieron, con desconcertadora proporcionalidad, nuevas formas de la vida social que modificaron a fondo, en pocas décadas, todo el aspecto de la sociedad europea. Comenzó aquel período formidable de la industrialización, que se convirtió en punto de partida de una nueva fase de la civilización humana y actuó poderosamente en todos los dominios de la vida espiritual y material.

Por un parte, las grandes revoluciones de Europa habían quebrantado violentamente los lazos con que la sociedad feudal había trabajado la evolución de las nuevas formas de producción; por otra parte, el adelanto de las ciencias había creado las condiciones previas para una transformación de la técnica, y por

consiguiente para una transformación de las viejas condiciones de la producción, que dió a la burguesía victoriosa, gracias a su poder económico, la posibilidad de utilizar en su provecho esas conquistas del espíritu humano y de ampliar más y más sus privilegios sociales y económicos.

No es la burguesía, como clase, la que ha motivado esas condiciones previas para aquella transformación radical de las formas de producción, como se ha sostenido sin razón, con frecuencia; pero ella ha sabido aprovechar, de manera desconsiderada, los nuevos resultados de la ciencia y echar así los fundamentos del nuevo orden social que llamamos capitalista.

En los establecimientos mecánicos y en las fábricas de los nuevos centros industriales, donde la miseria social de las masas desposeídas, arrojadas de su hogar, se reunía, surgió una nueva capa social desconocida hasta entonces en esa forma: el moderno proletariado industrial, la clase de los asalariados, que sólo puede existir mediante la venta de su trabajo.

En Inglaterra, donde la industria moderna rompió primero la cáscara de los viejos métodos de trabajo y estableció un nuevo sistema de producción, fundado en la mecanización de las fábricas y en la llamada división del trabajo, se realizó antes que en ninguna otra parte el proceso de la transformación social para extenderse paulatinamente desde allí a los otros países. Con ayuda de las famosas "leyes de coto" se robó a los campesinos la tierra comunal y se les arrojó hacia las ciudades industriales, donde significaron cómodos objetos de explotación para el joven capitalismo. Los terratenientes conservadores y los varones liberales de la industria se ligaron recíprocamente para ejecutar sistemáticamente el robo colectivo de las tierras comunales, en el cual estaban ambos interesados: cada uno a su manera.

Lejos del hogar nativo que se les había arrebatado, aturdidos por el ruido de las máquinas y por todas las nuevas impresiones de su nueva situación, esos modernos esclavos del salario al principio no eran

capaces de poder comprender todo lo nuevo y lo insitado que les asaltaba por todas partes. Pero no pasó mucho tiempo sin que estimaran toda la gravedad de su nueva existencia. El capitalismo se arroja con un furor efectivo sobre esos siervos de la gran industria, para extraerles la última gota de su fuerza vital. El trabajo de los hombres no le bastaba; fué empleado en los grandes establecimientos y en los talleres mecánicos el de las mujeres—y sobre todo el de los niños—para pagar, a la avaricia del capitalista, el sangriento tributo. Basta leer los informes de los inspectores de fábrica y las terribles descripciones de contemporáneos inteligentes de aquella época para comprender cuáles serían las consecuencias de aquella "evolución" que, según la opinión de los economistas ingleses, estaba llamada a hacer de Inglaterra el país más rico del mundo.

Bajo esas circunstancias era muy natural que se abriera camino entre los trabajadores, por sí mismos, podríamos decir, el pensamiento de la organización. Las condiciones mismas y las amargas experiencias de aquella hora forjaban sin tregua la idea de una íntima agrupación para defender sus intereses. Cada uno sentía su impotencia personal en ese nuevo juego de las fuerzas, y buscó fuerza y confianza en la asociación con sus camaradas y compañeros de dolor. Así nacieron las primeras sociedades industriales, como la primera forma del moderno movimiento obrero, y se difundieron con asombrosa rapidez.

Esta primera fase del movimiento obrero se dirigía simplemente contra los abusos más irritantes en la economía capitalista, sin entrar en la crítica de la misma. Al contrario, se soñaba entonces todavía con una armonía entre el Capital y el Trabajo y la solución de los trabajadores de aquel período era: "Un salario honesto por un trabajo honesto."

Sin embargo, el capitalismo reconoció de inmediato el peligro que tenía que nacer para él de esas asociaciones obreras, e interpuso toda su influencia para hacer que el Gobierno oprimiera las sociedades industriales. Así vimos, en 1800, aquella infame ley contra

las organizaciones obreras, dictada por el Parlamento inglés para impedir a los proletarios toda asociación que se ocupase del mejoramiento económico de su situación.

Ese atentado brutal al derecho de organización de los trabajadores provocó, entre estos últimos, una enorme irritación, tanto más comprensible cuanto que los obreros que se querían someter a las leyes eran abandonados a la explotación ilimitada del capitalismo, sin defensa alguna. El proletariado inglés no se doblegó a la arbitrariedad de la burguesía, y como se le había privado del derecho de defender públicamente su causa, las organizaciones tuvieron que vivir clandestinamente y cumplir, en esa forma, su misión. Millares de trabajadores cayeron víctimas en esa lucha. Se les arrojó en las prisiones o se les envió, por vía administrativa, a las colonias penales de Australia, donde murieron y se corrompieron.

Pero los obreros resistieron todos los peligros, y las persecuciones draconianas, practicadas por el Gobierno, hicieron más irritada la lucha. Las luchas económicas, dirigidas por los sindicatos clandestinos, adquirieron carácter extraordinariamente violento; en algunos casos llegaron hasta la insurrección armada. Los trabajadores destruyeron las instalaciones mecánicas, pontan fuego a las fábricas, devastaban las materias primas y castigaban con la muerte a los traidores de sus propias filas. Es claro que la organización sindical clandestina tenía que imponerse los más grandes sacrificios en esa lucha; pero ni aun las peores persecuciones fueron capaces de destruir las asociaciones secretas de los trabajadores.

Como se ha dicho, ese movimiento no ha sido inspirado de ningún modo por ideas socialistas: nació de las condiciones prácticas de la vida, como un baluarte natural contra las inauditas pretensiones y las ansias explotadoras del capitalismo. Las organizaciones de los trabajadores de aquel período eran, en el sentido más completo de la palabra, comunidades de intereses que perseguían el fin de hacer todo lo favorable que fuese posible la situación obrera dentro de la sociedad

capitalista, y como medios de acción en sus luchas debieron servirse de la huelga, el boycott, el sabotaje, etc.

Después que en 1825 se reconoció legalmente por el Parlamento inglés el movimiento sindical, intentó Robert Owen, el precursor del socialismo inglés, inspirar los sindicatos, allá por 1830-35, con un espíritu socialista. La Grand National Consolidated Trades Union, que fundó con otros para ese objeto, se convirtió en poco tiempo grandes simpatías entre los trabajadores; pero cayó pronto, víctima de las monstruosas persecuciones del Gobierno. Parcialmente había contribuido también a sellar su ruina el movimiento recién surgido de los chartistas, pues esta primera forma del movimiento obrero político-parlamentario despertó, en las vastas masas del proletariado, esperanzas que no podía, naturalmente, colmar.

Mientras que en Inglaterra se desarrollaron de ese modo las primeras organizaciones del moderno movimiento obrero, surgió en el Continente, principalmente en Francia, una gran serie de escuelas socialistas y social-reformistas que aspiraban a una transformación, mayor o menor, de las bases económicas de la sociedad. Hombres como Fourier, Saint-Simon y sus discípulos y algo más tarde Leroux, Cabet, Proudhon, Vidal, Pesqueur, Blanc, etc.—junto a ellos los jacobinos socialistas, que se agrupaban en sociedades secretas en el tiempo del llamado reinado civil, en torno a Blanqui y Barbès—tuvieron, no obstante sus diferencias teóricas y tácticas, un punto como denominador común: Habían reconocido todos que las transformaciones puramente políticas no eran capaces de resolver los problemas sociales que resquebrajaban la sociedad. Por eso buscaron la solución de esos problemas en la transformación de las condiciones económicas sobre una base más o menos socialista. Algunos de ellos intentaron eso, absteniéndose de toda actividad política; otros creyeron que alcanzarían su objetivo mejor por la aspiración a introducir en la política una ideología socialista.

La mayor parte de esas tendencias—con excepción

de las sociedades babouvistas, que se componían en mayoría de obreros—eran integradas casi exclusivamente por elementos intelectuales y por miembros de las clases poseedoras que aspiraban, por razones ideales, a la abolición de la miseria social. Pero sus ideas hallaron al principio poca comprensión entre las masas. Tan sólo más tarde, cuando nacieron del seno de la clase obrera francesa las llamadas “asociaciones,” como primera forma del movimiento obrero del país, hallaron difusión también en el proletariado las ideas de los pensadores socialistas. Fueron especialmente Louis Blanc, y después Proudhon, los que tuvieron la mayor influencia en el desenvolvimiento espiritual de las asociaciones, que por lo demás no hay que confundir, como se hace a menudo, con las actuales cooperativas.

Pero ese joven movimiento de la clase obrera francesa, como todos los demás gérmenes del movimiento obrero en Francia, fueron sofocados por el golpe de Estado de Luis Bonaparte; y cuando el movimiento surgió a nueva vida en 1860-70, adoptó más y más un carácter sindical fuertemente influenciado por las ideas socialistas.

De los sindicatos de Inglaterra y Francia nació más tarde la Asociación Internacional de los Trabajadores, cuyos orígenes ideológicos se pueden perseguir en esos países hasta 1830-40 y 1840-50. La Internacional no fué el parto de algunos cerebros ingeniosos, no nació de la idea de algunos elegidos, sino del seno de las masas laboriosas y se formó según sus deseos y necesidades.

En el mismo sentido se realizó también el desenvolvimiento espiritual de la Internacional. Sus ricas fuentes no manaban del cuarto de estudio del sabio, sino de las luchas prácticas de la vida cotidiana, de las mil experiencias de un presente combativo. Si las resoluciones de sus primeros congresos en Ginebra (1866) y Lausanne (1867) eran muy indefinidas y moderadas, las luchas prácticas de los años siguientes fueron la mejor escuela de los trabajadores para el desenvolvimiento de sus ideas.

Las resoluciones de los congresos de Bruselas (1868) y de Basilea (1869) nos muestran la Internacional en el punto culminante de su evolución espiritual. En el congreso de Basilea desarrolló el belga Hins el gran pensamiento de la unidad política de las comunas y de la reorganización de la sociedad por los sindicatos. “De esa doble forma de organización de las asociaciones obreras locales y de las federaciones generales de industria—dijo Hins—se producirá, por una parte, la administración política de las comunas y, por otra, la representación general de trabajo, tanto regional como nacional o internacionalmente. Los consejos de las organizaciones de oficio y de industria sustituirán los actuales gobiernos, y esa representación del trabajo disolverá, de una vez por todas, los viejos sistemas políticos del pasado.”

Ese nuevo y fecundo pensamiento nació de la convicción que toda nueva forma económica del organismo social condiciona también una nueva forma de la organización política, y sólo se puede realizar dentro de ella. Por esa razón debe aspirar también el socialismo a una forma política especial dentro de la cual podrá entrar en la vida, y se creyó haber hallado esa forma en el sistema de los consejos del trabajo (soviets). Los trabajadores de los países latinos, donde halló la Internacional su punto principal de apoyo, desarrollaron su movimiento sobre la base de las organizaciones económicas de lucha y de los grupos de propaganda socialista, y obraron en el sentido de las resoluciones de Basilea.

Como reconocieron en el Estado el agente político y el defensor de las clases poseedoras, no aspiraron de ningún modo a la conquista del poder político, sino a la supresión del Estado y a la abolición del poder político en todas sus formas, reconociendo en él con seguro instinto la condición previa de toda tiranía y de toda explotación. Por esa razón no pensaron en imitar a la burguesía, fundando un nuevo partido y abriendo el camino a una nueva clase de políticos de profesión. Su objetivo era la conquista de la tierra y de las fábricas, y reconocieron bien que

era ese fin el que los distinguía profundamente de la politiquería de la burguesía radical.

Partiendo de la convicción que la dominación del hombre por el hombre había tenido su tiempo, trataron de familiarizarse con la idea de la administración de las cosas. Opusieron a la política gubernamental de los partidos la política económica del trabajo. Se comprendió que debe emprenderse la reorganización de la sociedad en sentido socialista, en los talleres y en las fábricas, y de ese reconocimiento nació la idea de los consejos en su forma primitiva y legítima.

La tendencia libertaria dentro de la Internacional comprendió perfectamente que el socialismo no puede ser dictado por ningún Gobierno; que debe más bien desarrollarse de abajo arriba, del seno del pueblo laborioso; que los trabajadores mismos debían tomar en sus manos la administración de la producción y del consumo. Fue esa idea la que opusieron al socialismo de Estado de las diversas tendencias. Y esas diferencias internas entre centralismo y federalismo, esas diversas interpretaciones sobre la misión del Estado como factor de transición al socialismo, formaron también el punto central de la contienda entre el ala autoritaria y el ala libertaria de la gran asociación obrera. Marx y Bakunin fueron simplemente los representantes más distinguidos en esa lucha, que tenía declarado carácter teórico y lo tiene aún, aun cuando el personalismo interviene a menudo.

Mientras la Internacional quedó fiel a los principios de su organización federalista, floreció poderosamente y se desarrolló más y más como el poder organizado del trabajo contra el sistema del capitalismo internacional. Ni las diversas tendencias ideológicas en sus filas pudieron interrumpir esa evolución, pues se comprendió que el movimiento obrero no era ninguna iglesia. Pero todo eso se modificó de inmediato cuando el consejo general, bajo la influencia de Marx y de Engels, intentó disminuir los derechos de las federaciones y comprometer éstas a participar en la acción político-parlamentaria. Ese ensayo de transformar la Internacional en una máquina electoral de-

bió provocar la protesta más viva de parte del ala libertaria, y llevó naturalmente a la escisión y a la decadencia ulterior de la gran asociación. Ese fue el comienzo de aquel triste fenómeno que se repitió desde entonces continuamente en el movimiento obrero de todos los países; mientras que la organización sobre una base económica ha sido siempre un elemento de unidad entre los trabajadores, se demostró la política de los llamados partidos socialistas como un factor de descomposiciones internas y de achataamiento.

Fue una gran fatalidad el que el socialismo libertario de los países latinos, donde ha sido más fuerte la Internacional, fuera impulsado después de la guerra francoprusiana, de las derrotas de la Comuna de París y de las insurrecciones cantonalistas españolas (1873), por medio de las leyes de excepción de la reacción victoriosa, durante largos años, al escondrijo de un movimiento clandestino. Durante ese período se desarrollaron en los demás países, principalmente en Alemania, los llamados partidos obreros socialistas, una nueva institución en el movimiento obrero que anudaba sus aspiraciones a las tradiciones de los comunistas de Estado franceses y de los chartistas. Al conformar más y más esos nuevos partidos su actividad a la acción parlamentaria de la clase obrera y al ver en la conquista del poder político la primera condición para la realización del socialismo, crearon paulatinamente una ideología, fundamentalmente distinta de la ideología socialista que perseguían los trabajadores de la primera Internacional. El parlamentarismo, que asumió en los partidos obreros rápidamente una posición dominante, sedujo una cantidad de elementos pequeño-burgueses y de intelectuales ansiosos de hacer carrera en el campo de los partidos socialistas, lo cual ayudó a acelerar ese proceso más aún.

Así apareció, en lugar del socialismo de la vieja Internacional, una especie de producto sucedáneo del socialismo, que no tenía de común con éste más que el nombre. Los modernos partidos obreros y los sindi-

catos que cayeron bajo su protección espiritual se desarrollaron más y más como partes integrantes de sus respectivos Estados nacionales. El socialismo permitió para sus jefes gradualmente el carácter de un ideal de cultura llamado a disolver la sociedad capitalista, y que por consiguiente no podía detenerse en las fronteras de los diversos Estados. Se confundió cada vez más en ellos el interés del Estado nacional con el interés del partido, hasta que al fin no fueron capaces de trazar una demarcación determinada, lo que se hizo notorio sobre todo en el tiempo de la guerra mundial. No podía menos de suceder, pues, que los llamados partidos obreros se integraran poco a poco como un elemento necesario del Estado nacional, lo mismo que cualquiera otra institución destinada a la conservación y fortalecimiento del mismo.

Del reconocimiento de esos hechos surgió hacia 1895 el moderno movimiento sindicalista, que en el fondo no era más que una continuación natural de aquella gran corriente de la vieja Internacional que se expresó en su ala libertaria. El sindicalismo revolucionario es la encarnación de aquella tendencia en el moderno movimiento obrero que aspira a una asociación económica de todos los que trabajan para libertarlos por la vía de las acciones directas y revolucionarias del yugo capitalismo, y de las instituciones estables, y prepararlos para la reorganización de la sociedad sobre la base del socialismo libertario o anarquista. En oposición a los partidos obreros de los diversos países, el sindicalismo no quiere agrupar a los trabajadores en determinados partidos políticos; sus aspiraciones se dirigen más bien a la asociación de los trabajadores en su cualidad de productores y a hacerles comprender que toda la existencia de la sociedad depende de su actividad productiva.

Es, pues, la asociación económica de los trabajadores la que desean los sindicalistas y en la cual ven la condición esencial para la liberación de las clases proletarias. Para los sindicalistas el sentido de la organización no es ningún concepto inanimado, sino un fenómeno condicionado por las conexiones internas de

la vida social, que tiene su origen en las incontables y variadas necesidades de los hombres. La misión de la organización sólo puede ser cumplida si los intereses actuales, las necesidades y las manifestaciones de la voluntad de sus miembros están firmemente arraigadas y orgánicamente confundidas en ella. Sólo desde ese punto de vista tiene también sentido y significación el problema, tan debatido hoy, de la organización unitaria. En oposición a los partidos políticos obreros los sindicalistas ven en la organización económica la base natural y verdadera de la unidad proletaria. Partido es siempre fragmento de un todo que quiere imponer desde fuera al todo sus fines particulares. La unidad interna de la clase obrera no significa, pues, un amontonamiento arbitrario de elementos que se repelen bajo la fuerza de una muerte disciplinada; debe más bien nacer de las necesidades totales de los intereses y aspiraciones comunes y hallar en ellas su base natural. Lo decisivo no es *una* organización, sino la comunidad de intereses y aspiraciones. Sólo en las organizaciones económicas del proletariado es posible tal unidad, porque en ellas los trabajadores están ligados directamente a su obra y son personalmente detentadores, combatientes y defensores de sus intereses, mientras que en la llamada política son únicamente figuras externas para la codicia de los partidos e instrumentos para determinados intereses particulares que se les presentan falsamente como propios.

El sindicalismo revolucionario es un movimiento de clase, y está, como tal, en el terreno de la lucha de clases revolucionarias y de la acción directa. Su misión es doble: por una parte aspira a mejorar todo lo posible la situación de los trabajadores dentro del orden social capitalista y a proteger el trabajo contra los golpes de los explotadores y del Estado, mediante el empleo de los medios revolucionarios de lucha, como la huelga, el boycott, el sabotaje, etc. Por otra parte considera como su tarea más elevada abrir el camino hacia un nuevo orden social de cosas y entrar prácticamente en la ruta que llevará a poner en manos del

pueblo laborioso la administración de toda la vida social y económica. Esa misión es la que da su sello especial al sindicalismo revolucionario y la que revela su significación histórica para el futuro. Pues sólo en las organizaciones económicas, inspiradas por el espíritu revolucionario, puede prepararse la reorganización de la sociedad y adoptar una estructura firme en un momento dado. Es comunidad de intereses y de ideas al mismo tiempo y rechaza profundamente todo dualismo en el movimiento obrero que aspira a revestir las aspiraciones espirituales de los trabajadores y la defensa de sus intereses económicos y sociales en formas de organizaciones especiales.

Si el sindicalismo revolucionario aprovecha toda posibilidad de satisfacer las necesidades momentáneas de los trabajadores y aspira siempre a las acciones directas para conseguir un mejoramiento de sus condiciones económicas, o determinadas ventajas en el dominio político y social, acontece eso en la suposición de que mediante tales concesiones se producen para los trabajadores ciertos beneficios momentáneos, no obstante no modificarse en nada su condición de esclavos del salario. Por tal motivo esas luchas cotidianas deben ser dirigidas siempre indicando el gran objetivo del movimiento y ser consideradas por decirlo así como escaramuzas de vanguardia para su liberación definitiva, que se conseguirá sólo en lucha contra el capitalismo y la autoridad del Estado. Es esa actitud la que distingue radicalmente el sindicalismo de todas las tendencias reformistas, tanto por sus fines como por sus métodos.

Pero las luchas continuas por la conquista del pan cotidiano y el mejoramiento de la situación general de la vida, tienen, además, otra significación que les presta un alto valor ético. Son la mejor escuela educativa para los trabajadores, para el empleo y el profundizamiento de sus sentimientos sociales y de sus iniciativas personales en los cuadros de la ayuda recíproca y de la cooperación solidaria. Así se convierte el sindicato en un lugar de educación para la continua evolución de las capacidades intelectuales y morales

del proletariado y en un campo de acción para el desenvolvimiento de sus mejores cualidades sociales e individuales. La organización económica de lucha se transforma para él de ese modo en palanca de sus luchas constantes contra los poderes de la explotación y de la opresión, y al mismo tiempo en el puente para llegar del infierno del sistema estatal capitalista al reino del socialismo y de la libertad.

Por la ideología de los sindicalistas revolucionarios es fácil deducir la actitud de la A. I. T. frente a las otras tendencias del movimiento obrero. Es indudable que las federaciones nacionales que integran la A. I. T. representan una tendencia especial en el movimiento obrero, tanto por lo que se refiere a la finalidad como por lo que se refiere a los métodos con los cuales aspiran a realizar esa finalidad. Estamos convencidos que la liberación de la clase obrera únicamente puede realizarse por los medios que nosotros propagamos constantemente entre las masas y por eso debemos tener en cuenta siempre la independencia orgánica de la A. I. T. en todas las circunstancias, si no queremos destruir de otro modo, con las propias manos, la obra que hemos creado.

En verdad, consideramos a los trabajadores asociados en otros campos del movimiento obrero internacional, no como enemigos: son nuestros hermanos de clase y nuestros compañeros de dolor que sufren bajo la misma presión que nosotros, y todos nosotros tenemos interés en ganarlos para nuestras ideas. Nuestra actitud frente a esos trabajadores está siempre inspirada por los sentimientos de la solidaridad de clase, y debemos tender siempre a despertar en ellos la seguridad de que en todas las grandes luchas que les imponen el capitalismo y el Estado pueden contar con nosotros. En una palabra: nos sentimos ligados a los trabajadores de todas las tendencias y partidos dentro del movimiento socialista general, por el lazo de clase.

Pero nuestra actitud es diversa frente a las organizaciones a que esos trabajadores pertenecen. Aquí no trata de confirmaciones espirituales y de premisas

tácticas radicalmente distintas, que no sólo criticamos, sino que a menudo debemos combatir, porque las experiencias de largos años y la más íntima convicción nos señalan que esas aspiraciones son un obstáculo directo para la emancipación de la clase obrera. Por tanto, nuestra actitud frente a los modernos partidos obreros es clara. Ya nuestros precursores del tiempo de la primera Internacional han predicho a los portavoces de la acción parlamentaria que su táctica llevaría necesariamente a un completo abandono de los principios socialistas y al aburguesamiento de todo el movimiento. Hoy vemos en toda la línea que esos temores no carecían de fundamento. Las mismas gentes que entraron en liza para conquistar el poder político tienen este único resultado que señalar: que su política ha conquistado su socialismo desde hace mucho tiempo. Los llamados partidos obreros comienzan en su juventud a considerar el parlamentarismo como medio de agitación, y la mayoría de ellos, especialmente en Alemania, incluso rechazan radicalmente toda colaboración positiva en el Parlamento. Pero del "parlamentarismo negativo" surgió por sí misma, más tarde, la colaboración positiva en la legislación, y después de haber llegado hasta allí, todo lo demás se produce con fatal consecuencia.

El revisionismo que se pronunció primeramente por la participación de los socialistas en los gobiernos burgueses fué al principio fuertemente combatido, y el congreso socialista internacional de París en 1900 aprobó aquella famosa resolución de Kautsky, en la que se declaraba que "la social democracia no puede aspirar a una participación en el gobierno dentro de la sociedad burguesa." Desde entonces el cuadro se ha modificado completamente. El revisionismo venció en toda la línea y los partidos socialistas obreros de todos los países están hoy fuertemente tan confundidos con las instituciones de los Estados nacionales burgueses, que no se puede menos de tomarlos por elementos integrantes de los mismos y dejarlos fuera de nuestra consideración como factores favorables a las aspiraciones de una emancipación internacional

de los trabajadores de las cadenas del salariado y del Estado de clases.

También se ha modificado absolutamente la concepción del Estado de esos partidos. Si la mayoría de ellos defendió el viejo punto de vista marxista de que con la desaparición de las clases debe languidecer también lentamente el Estado, hoy los más famosos teóricos de la social democracia alemana son de opinión que el Estado fortalecerá en el futuro más aún su dominación sobre los más diversos dominios de la vida social, y que las premisas de Marx y Engels en ese sentido han sido completamente falsas.

Es claro y comprensible que la A. I. T. no tiene nada que ver con esas tendencias. Se trata aquí de corrientes diametralmente opuestas a su actitud, tanto teórica como táctica. También es natural que una acción común de tendencias diversas, de las cuales unas limitan su actividad casi exclusivamente a la acción parlamentaria, y la otra asegura sin cesar a los trabajadores que sólo alcanzarán sus fines por la vía de la acción directa, es imposible. No rechazamos la acción política, pues toda gran lucha económica, toda propaganda antimilitarista o antiestatista, son en sí y por sí de naturaleza política; pero rechazamos aquella acción política que se expresa en la actividad parlamentaria porque vemos en ella una desviación de los trabajadores.

Pero con respecto a los partidos comunistas y a sus diversas sucursales en Europa y América nuestra actitud no puede ser otra. Tiene todas las fallas y los defectos del partidismo centralista y es autoritario hasta la médula. En realidad los partidos comunistas de los diversos países son simples órganos de la política exterior de la comisariocracia rusa, fundada sobre los mismos principios de mando que cualquier otro despotismo de clase. Para la liberación de los trabajadores del yugo del salariado y de la tutela estatal, los partidos comunistas entran tan poco en consideración como los partidos socialdemócratas, de los cuales, por lo demás, no se distingue teóricamente. En los últimos son válvulas de seguridad para las clases

poseoras, los partidos comunistas sólo son instrumentos de presión para las artes, gubernativas del Estado bolchevista. A eso se añade que los partidos comunistas, por su método jesuítico de la formación de núcleos dentro de otras organizaciones a fin de destruirlas, se han convertido en un peligro especial. Fué ese hecho el que llevó a los anarquistas sindicalistas de Alemania, en su congreso de Dusseldorf, a aprobar la resolución, según la cual los miembros de un partido político no pueden ser miembros de su organización. Claro está, no es mi intención querer valorizar internacionalmente esa resolución; eso corresponde a las organizaciones de los diversos países. Me basta señalar aquí una vez más un peligro que existe aun para nuestras organizaciones y que no debe pasarse por alto.

Por lo que se refiere a las dos Internacionales sindicales, la de Amsterdam y la de Moscú, podría repetir aquí lo mismo que he dicho ya con respecto a los llamados partidos obreros. La Internacional amsterdamiana es el símbolo del más acabado reformismo en el terreno político y sindical. Aunque sus organizaciones nacionales representan corporaciones orgánicamente independientes, están por completo bajo la influencia espiritual de los partidos obreros reformistas, con los cuales colaboran casi en todas partes íntimamente. Ese estado de cosas no sólo condiciona su actitud posibilista frente a todas las aspiraciones del porvenir: es también decisiva para sus métodos, que se han reducido más y más a un continuo negociar, con la mayor exclusión posible de todas las grandes luchas. De ese modo no sólo es quebrantado sistemáticamente el valor combativo de los trabajadores, sino que todas las luchas efectivas de clases son directamente hechas inofensivas, postergando así a un lejano futuro la emancipación de los trabajadores.

Pero la llamada Internacional Sindical Roja no es nada más que una sucursal del partido comunista. Sus principios y sus estatutos son tan inconciliables para el sindicalismo revolucionario y antiautoritario como los principios de Amsterdam. Después de haber

fracasado definitivamente la I. S. R. en la captación de las organizaciones del sindicalismo revolucionario, para los fines de los partidos comunistas, se aspira ahora en Moscú a realizar una fusión con Amsterdam, que tarde o temprano será un hecho. El señor Lozowsky ha olvidado hoy que hace muy pocos años calificaba a la Internacional amsterdamiana de institución peor que la organización Orgesch de los fascistas alemanes, y busca hoy con todo celo la adhesión a Amsterdam. Y esto es natural, pues las aspiraciones socialistas-estatistas de ambas tendencias, que en realidad sólo pueden calificarse de capitalistas-estatistas, son las mismas, aunque la fraseología de ambas es por ahora un tanto diferente todavía.

También frente a esas tendencias representa la A. I. T. un principio determinado y un determinado método, que manifiestan simultáneamente la divergencia interna entre nuestra Internacional y las Internacionales de Amsterdam y Moscú. De una parte el socialismo; de otra parte el capitalismo de Estado. De una parte organización de abajo arriba sobre la base del federalismo y del libre acuerdo; de otra la tutela dictatorial de las masas por una cierta oligarquía de jefes sobre la base del centralismo. De una parte libertad; de otra autoridad. Y de esa diversidad de principios resulta la diversidad de métodos, que están íntimamente ligados a los primeros.

Por esa razón no debemos dejarnos engañar por el criterio histórico, especialmente de los moscovitas, que sólo persigue el propósito de encubrir la ruta hacia Damasco de la I. S. R. La unidad a todo precio no es más que un sofisma ordinario, sin sentido ni contenido. Hay una unidad que resulta por sí misma de la comunidad de los intereses, de la conformación espiritual y de las aspiraciones generales. En ese caso la unidad significa fortificación y desenvolvimiento de las ideas. Pero hay también una unidad ficticia que quiere obtener el acoplamiento de elementos que se rechazan, valiéndose de una ciega y mecánica disciplina. En ese caso la unidad significa debilidad y quebranto de todo desenvolvimiento espiritual.

No somos sectarios. Sabemos que no se puede poner todo a un mismo tono en una misma organización y menos aún en una asociación internacional de diversas organizaciones centrales. Al contrario, hasta somos de opinión que pueden ser de gran utilidad diversas opiniones sobre ciertos asuntos dentro de la misma organización, pues con ello se fomenta la evolución espiritual y se excita la independencia del juicio. El mismo fenómeno se advierte en la A. I. T. Pero a pesar de ciertas diferencias entre nosotros, que en gran parte son dadas por las condiciones de la evolución del movimiento en los diversos países, hay líneas generales determinadas sobre las que estamos de acuerdo y que anudan entre nosotros el lazo de la unidad orgánica. Querer destruir tal unidad en mérito a pequeñas divergencias de importancia secundaria, no sólo sería una locura, sino un crimen directo contra la causa que defendemos.

Pero es igualmente pernicioso el querer forzar, por razones puramente oportunistas, una unidad orgánica entre diversas tendencias que no pueden asociarse ni por sus principios ni por sus métodos. En tales casos se trata siempre de una especie de oposición espiritual que no beneficiará nunca un movimiento.

Quando Fernand Pelloutier defendió en su tiempo la unidad sindical de los trabajadores frente a los partidos políticos, defendía un pensamiento fecundo y grande, del que pudo surgir tan sólo el sindicalismo revolucionario. Pero cuando nuestros camaradas de Francia se han hecho un dogma de aquel pensamiento y creen todavía que se puede obtener una unidad entre elementos que de ningún modo pueden unificarse, se convierten en víctimas de una tradición que no fomentará el sindicalismo revolucionario, sino que lo destruirá inevitablemente. Honra a nuestros compañeros la buena voluntad, pero la experiencia nos ha señalado que sus ensayos morbosos en pro de una unidad que en realidad no es tal y sólo paralizaría por la desmenuzación interna la fuerza combativa de todo el movimiento, sólo han debilitado el sindicalismo

revolucionario en su país. Una actitud clara y decidida no sólo habría podido crear a la A. I. T. una base en Francia y asociar a los camaradas con los sindicalistas revolucionarios de todos los países, sino que habría podido obstaculizar o debilitar el triunfo de la Internacional comunista sobre la C. G. T. U.

Si se toman en consideración todas esas cosas, es claro que la A. I. T. debe conservar bajo todas las circunstancias su independencia frente a todas las demás tendencias del movimiento obrero, si no quiere abandonar su finalidad y la gran herencia del ala antiautoritaria de la primera Internacional, cuyo nombre lleva. Ciertamente hay para nosotros momentos en que una marcha común con otras tendencias es necesaria y puede estar condicionada por la situación; pero hasta en tales momentos es el más alto imperativo la conservación de la independencia orgánica de la A. I. T.

Según mi opinión, una cooperación estrecha y saludable con otros grupos ideológicos antiautoritarios, en tanto que reconocen la necesidad de la organización sindical y ayudan a fomentar la finalidad de la A. I. T., no sólo es posible, sino que es también altamente deseable. Sería estúpido querer colocar esas agrupaciones al mismo nivel de los partidos políticos. En España, por ejemplo, hemos visto que desde el tiempo de la primera Internacional ha tenido lugar una cooperación armónica entre los camaradas anarquistas y el movimiento sindical, lo cual fué beneficioso para el movimiento en general, y sería muy lamentable que se perturbara jamás esa situación allí. El anarquismo ha inspirado en España los sindicatos y les ha dado objetivo y dirección, y por otra parte, el movimiento sindical ha preservado a los anarquistas de la pérdida del contacto con el movimiento obrero y sus luchas cotidianas. Lo mismo ha sucedido en otros países, especialmente en América del Sur. La misma medida podríamos aplicar a las organizaciones antimilitaristas y a los grupos culturales afines a nuestras ideas. Naturalmente en tales circunstancias deben ser tenidas en cuenta las condiciones de los di-

versos países y ser examinadas por los compañeros mismos.

Pero hay también posibilidades en que no se trata únicamente de cooperación con tendencias espiritualmente afines, sino que tal cooperación es condicionada con otras tendencias del movimiento obrero, aun cuando sus aspiraciones se oponen a las nuestras. Tales casos son determinados por los acontecimientos repentinos de naturaleza social y política de un modo espontáneo. Me recuerdo, por ejemplo, del putsch de Kapp en Alemania. Estaba claro que en ese ensayo de restablecimiento de la monarquía y del viejo régimen debían entrar en acción todas las tendencias del movimiento obrero alemán. Querer permanecer neutral en un caso como ese no sólo sería echar el agua al molino de la reacción, sino un suicidio directo del propio movimiento.

Pero cualesquiera que sean las medidas y las alianzas a que nos impulsen las circunstancias, no debemos nunca perder de vista la independencia de nuestras organizaciones nacionales y en particular de la A. I. T., si queremos facilitar la victoria a nuestro movimiento y al socialismo libertario.

Sólo en ese sentido podrá florecer y prosperar la A. I. T. y cumplir la gran misión que se ha impuesto.

EL SEGUNDO CONGRESO DE LA A. I. T.

Desde el 21 al 27 de marzo sesionó en Amsterdam el segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores; no hubo ningún aparato demostrativo, pero en un período de reacción mundial como el presente ha sido reconfortante el encuentro de delegados de 12 países que convinieron unánimemente en mantener en alto la bandera de los principios libertarios. He aquí la nómina de las organizaciones que acudieron al segundo congreso de la A. I. T.:

Alemania: Freie Arbeiter Union Deutschlands;
Alemania: Allgemeine Arbeiter Union;
Argentina: Federación Obrera Regional Argentina;

finá;

Brasil: Federação Operaria do Rio Grande do Sul;
España: Confederación Nacional del Trabajo;

Holanda: Nederlandsch Syndikalistisch Vakverbond;

Italia: Unione Sindacale Italiana;

México: Confederación General de Trabajadores;

Noruega: Norsk Syndikalistisk Federation;

Dinamarca: Revolutionært Arbejdsforbund;

Portugal: Confederação Geral do Trabalho;

Suecia: Sveriges Arbetaren Central Organisation;

Uruguay: Federación Obrera Regional Uruguaya.

Además de estas organizaciones obreras hubo representaciones de periódicos y grupos libertarios de Alemania, de Estados Unidos, de Perú, etc.

En total no tiene la A. I. T. actualmente un millón de obreros organizados, pero puede, en cambio, considerarse como la única Internacional revolucio-

maria y la única Internacional víctima de la reacción mundial, desde la de los países monárquicos hasta la de los bolchevistas. Fué, en efecto, la situación crítica que vivimos la que obstaculizó la venida de un mayor número de delegaciones, entre ellas la de las camaradas japonesas. Si fuéramos a hacer una estadística de los efectos de la reacción en las filas de los adherentes y de los simpatizadores de la A. I. T., veríamos hasta qué punto nuestra Internacional está sola en la lucha por un mundo mejor. Tal vez esa constatación la llevó a definir con una claridad meridiana su actitud futura con respecto a las otras corrientes del movimiento obrero. Merece la pena transcribir esta resolución:

“1.—Considerando que la organización sindical antiautoritaria revolucionaria representa la unidad natural con cuya ayuda pueden los trabajadores obtener mejoramientos de naturaleza económica, dentro de la sociedad actual y desarrollar una fuerza revolucionaria capaz de preparar las condiciones para la revolución social.

2.—Que las organizaciones sindicales antiautoritarias representan al mismo tiempo las bases naturales que entran en línea de consideración para la reorganización de la vida económica y social sobre el fundamento del socialismo libertario, el congreso declara que la fundación sistemática de esas organizaciones es la misión principal y la más necesaria del proletariado.

3.—Los partidos políticos y las tendencias a ellos ligadas, no importa el nombre que lleven, no están en situación ni de obtener mejoramientos económicos para el proletariado, dentro de la sociedad actual, ni pueden ser tenidos en cuenta para la realización práctica del socialismo, pues su campo de acción es diverso y sólo se expresa en la conquista del poder político.

4.—En consideración al hecho de que junto con el monopolio de la posesión debe desaparecer también el monopolio de la dominación, y de que, en consecuencia, el objetivo principal de la clase obrera no de-

be ser la conquista del poder político, sino la supresión en la vida de la sociedad de todo organismo de poder, la independencia de las organizaciones sindicales revolucionarias es la primera condición para la consecución de esos fines.

5.—El congreso es de opinión que toda tutela de los sindicatos obreros tiene que alejarlos de su verdadera misión y que por este motivo una coalición duradera entre los sindicatos obreros y las organizaciones políticas partidistas debe ser rechazada en todas las formas.

6.—El congreso repudia la concepción falsa que coloca al mismo nivel los partidos cuyo objetivo es el poder político, con los grupos ideológicos antiautoritarios que actúan en el sentido de la transformación social.

7.—En consideración a esta situación, llena de peligros para la clase obrera de todos los países, el segundo congreso de la A. I. T. defiende la opinión de que el deber de los sindicalistas revolucionarios es:

Continuar más enérgicos que nunca el trabajo en pro de las organizaciones sindicales antiautoritarias, sobre el fundamento de los principios establecidos en los estatutos de la A. I. T.;

No participar en ninguna comedia unificadora emprendida por aquellos que quieren sofocar el movimiento obrero y transformarlo en botín de algún partido político;

Hacer de la A. I. T. el punto de reunión de todas las fuerzas sindicales revolucionarias antiautoritarias.

8.—El congreso tiene la convicción de que en ciertos momentos una coincidencia de acción de los sindicatos con otras tendencias para la consecución de determinados fines prácticos puede establecerse, pero que tal coincidencia de acción no puede abandonarse nunca la independencia de los sindicatos ni existir por largo tiempo, y que en ningún caso debe ser misión de los sindicatos el ayudar a determinados partidos políticos a la consecución del poder.”

Si se examinase atentamente esa resolución se constataría que además de la firme intención de obrar con las propias fuerzas y de acuerdo a las propias posibilidades, se expresan ideas que contradicen la tesis del sindicalismo clásico y que reconocen la concepción anárquica del movimiento obrero en el sentido de la Internacional antiautoritaria fundada en Saint-Imier. Y esto último se comprueba por el hecho de haber decidido el congreso emplear oficialmente las palabras *organización sindical antiautoritaria* en lugar de *organización sindicalista*, porque la mayoría de las organizaciones de la A. I. T., fundamentadas sobre una base sindical, no son sindicalistas en el sentido que se le da comúnmente a esa palabra en los países latinos, donde el sindicalismo es una doctrina reformista.

Un punto en el que se llegó al más absoluto acuerdo, sin discusión alguna, desde la FORA anarquista hasta el NSV de Holanda, todavía un poco sindicalista, fué el referente a la necesidad de tomar parte en las luchas cotidianas por mejores condiciones políticas, sociales y económicas de vida. Y ese punto, en donde no reinó la menor sombra de desacuerdo, es fundamentalísimo para el porvenir revolucionario; la sociedad futura no cae del cielo hecha y derecha; hay que formarla en la contienda de todos los días, con los hombres que viven en la realidad y que están sujetos a sus imperativos. Todos los delegados al congreso de Amsterdam han reconocido que esos cuadros que muchos anarquistas se complacen en trazar sobre un porvenir de libertad, de igualdad y de fraternidad, son fantasías más o menos inocuas que pueden distraer una élite de concurrentes al café o de poetas encerrados en torres de marfil; pero no significan nada cuando se trata de defender una libertad o un bienestar conquistado a costa de infinitos esfuerzos, o cuando se trata de hacer conquistas nuevas. El radicalismo que se suele manifestar en muchos anarquistas y en muchos revolucionarios de última hora, consistente en el repudio de todo lo que signifique elevar un poco la situación moral y material del presente, ha sido

debidamente anatematizado por la A. I. T. Y fué la delegación de la FORA la que insistió precisamente en ese punto, y en nombre de sus convicciones anarquistas, proponiendo una campaña internacional por la conquista de las seis horas de trabajo. No, no nos distinguimos de los reformistas porque ellos quieren los mejoramientos económicos y políticos actuales y nosotros no, sino que nos distinguimos de ellos por la forma de querer y de realizar esos mejoramientos. En tanto que para nosotros las luchas cotidianas tienen un valor revolucionario, en manos de los reformistas esas luchas sirven para desviar al proletariado del ideal de la revolución.

Ciertamente, dada la situación que atravesamos, no podía esperarse gran cosa del congreso, pero al menos se ha constatado una magnífica claridad de fines en el movimiento afín, y en esta hora en que no todos saben lo que quieren, la A. I. T. marca una tendencia definida hacia la abolición del principio de autoridad y prestigia los medios y las rutas más apropiadas para llegar a ese fin. Estudien los amigos de la revolución los resultados del congreso de Amsterdam y verán que si realmente quieren la transformación social y el establecimiento de una nueva sociedad de libres y de iguales, su puesto está en la A. I. T.

El congreso discutió ampliamente la cuestión de la reacción internacional, llegando a conclusiones dignas de leerse en estos momentos de confusión y de exceso de filósofos que manipulan la piedra filosofal de los magños descubrimientos en el arte de la revolución.

He aquí la resolución adoptada:

“El congreso considera la libertad elemental de la prensa, de la palabra y de la asociación, para las luchas de los trabajadores, como indispensable.”

“Esas libertades son el resultado de pasadas revoluciones, y la defensa o la reconquista de las mismas dependen siempre de la fuerza de resistencia que puede ejercer el proletariado organizado. Son una preciosa herencia que debe ser agendada constantemente.”

te y que no puede nunca ser confiada a la gracia de algún gobierno.

El congreso es de opinión que los sindicatos revolucionarios y antiautoritarios agrupados en la A. I. T. se han puesto por sí mismos al margen del peligro de los compromisos con otros partidos y organizaciones que aspiran al poder, aun cuando se crucen en su camino con otras fuerzas políticas en la lucha contra la dictadura burguesa o militarista. En la lucha contra la dictadura bolchevista, el congreso declara que toda convivencia, aunque sea pasajera, con algún elemento u organización estatal, es imposible.

Esa posible coincidencia no debe hacer al proletariado en la ilusión de que la democracia burguesa, por revolucionaria que pueda suponerse en ciertos momentos, pueda tener el deseo o el interés de volver a sus viejas tradiciones revolucionarias. La resistencia de la clase obrera como fuerza organizada en la lucha social ha hecho a la burguesía liberal misma cómplice y sostén de la dictadura, aunque en teoría se subleva contra ella.

El congreso es de opinión que el proletariado, en todo caso, sólo puede ser engañado si en lugar de aprovechar las acciones eventuales de la oposición democrática contra una dictadura, se convierte en instrumento de la democracia; de ese modo no podrá conseguir para sí la menor ventaja, más aún se convertirá en prisionero de las consecuencias políticas de ese compromiso.

El congreso exhorta a la clase obrera de todos los países afectada por el furor de la dictadura, a conservar su confianza en la lucha de clases y a asociarse, allí donde las condiciones actuales no permiten la actividad regular de la vida sindical, en sus lugares de trabajo —en las fábricas, en los campos y en la industria de las comunicaciones—, pues la verdadera lucha contra la dictadura no sólo coincidirá con la sublevación del proletariado en toda la línea de la producción económica, sino que será también la conducción de toda acción contra la dictadura.”

Aparte de esas resoluciones significativas de la solidez doctrinaria del movimiento que se agrupa en torno a la bandera de la A. I. T., y que tienen valor de orientación para todo el movimiento libertario, se tomaron diversas resoluciones de carácter interno, prevaleciendo en todas ellas un sano espíritu federalista. Un cierto conato centralizador de Schapiro motivó una inmediata respuesta de parte de las organizaciones adherentes. El espíritu de la solidaridad internacional revolucionaria es expresado en diversas resoluciones, como por ejemplo en una sobre el plan Dawes. La prensa de la A. I. T. será mejorada y aumentada; la revista aparecerá por lo pronto en alemán y en alguno de los idiomas escandinavos; el servicio de la prensa será ampliado considerablemente.

Otro de los esfuerzos manifestados en la A. I. T. es la tendencia a agrupar en su seno todos los elementos libertarios, incluso los que no participan directamente en el movimiento obrero; para este fin se fundó una comisión internacional de estudios, compuesta por una serie de camaradas de reconocida capacidad y que podrá ser ampliada aún considerablemente.

De los informes de las organizaciones adherentes se desprende el carácter internacional de la reacción y la gravedad de la hora que atravesamos; en algunos países, como en Italia, toda organización proletaria independiente es imposible; pero como nuestras organizaciones no son simples organizaciones, sino exponentes de un movimiento social, si la fuerza brutal obstaculiza sus manifestaciones externas de acción y de propaganda, no por eso se sofoca en absoluto la llama del ideal revolucionario. La reacción tendrá un término y entonces llegará nuestra hora. Cuando se supere este período de represión y de entusiasmo tendremos una organización nacional con una ideología definida y sabremos aprovechar la coyuntura mejor de lo que lo hemos hecho después de la guerra que nos sorprendió en un confusismo desesperante. Se necesita un poco de valor y de tenacidad para mantener

la A. I. T. en un período en que su acción revolucionaria será casi nula; pero la hora llega, el proletariado volverá por sus fueros, y entonces reconocerá que el camino del reformismo y del colaboracionismo, cualquiera que sea su color, no es el camino que lleva a la emancipación y a la libertad. Nuestros esfuerzos tienden ahora, en primer lugar, a constituir una potencia moral, una bandera ideológica para los oprimidos y para los explotados, un baluarte para las ideas antiautoritarias; la fuerza material que representan las grandes masas adictas, la tendremos seguramente. Uno de los oradores ha expresado gráficamente ese pensamiento: así como el marino consulta a cada paso la brújula cuando se encuentra en mares desconocidos, nosotros debemos consultar la brújula de nuestras ideas precisamente en los períodos de confusión, de peligro y de desviaciones. O nuestras principios tienen un valor o no lo tienen; si lo tienen, como verdades experimentadas que son, es preciso tenerlos en cuenta y no abandonarlos en la primera ocasión y renegar de ellos ante la primera dificultad. La A. I. T. procura establecer claramente los principios que la inspiran y superar este negro período de la historia sin traicionarlos ni olvidarlos. La acción revolucionaria será una consecuencia de la fidelidad a las ideas del antiautoritarismo.

Diego Abad de SANTILLAN.

PUBLICACIONES DEL GRUPO CULTURAL "RICARDO FLORES MAGÓN"

POR LA LIBERTAD DE RICARDO FLORES MAGÓN Y COMPAÑEROS, PRESOS EN ESTADOS UNIDOS DEL NORTE.....\$ 0.50
NÚMEROS REBELDES (agotado)
VIDA NUEVA (agotado).
ABRIENDO SURCO (agotado).

OBRAS RELACIONADAS CON LA SERIE "RICARDO FLORES MAGÓN: VIDA Y OBRA"

SEMILLA LIBERTARIA: Hermosa recopilación de artículos de orientación libertaria. Dos tomos, a 50 centavos cada uno, pudiéndose pedir separadamente.....\$	1.00
SEMBRANDO IDEAS: Historietas relacionadas con las condiciones sociales de México.....	0.30
TIERRA Y LIBERTAD: Drama revolucionario y de actualidad. VERDUGOS Y VÍCTIMAS: Drama revolucionario y de actualidad.....	0.25
RAYOS DE LUZ: Diálogos relacionados con las condiciones sociales de México.....	0.30
EPISTOLARIO REVOLUCIONARIO E ÍNTIMO. Tres tomos, a 30 centavos cada uno, pudiéndose pedir separadamente..	0.90
TRIBUNA ROJA, por Ricardo Flores Magón.....	0.30
PRAXEDIS G. GUERRERO: Artículos literarios y de combate; pensamientos; crónicas revolucionarias, etc.....	0.50
MIGUEL A. BAKUNIN: Esbozo biográfico, por Max Nettlau. Los ANARQUISTAS Y LA REACCIÓN CONTEMPORÁNEA, por Diego Abad de Santillán.....	0.15
MARX Y EL ANARQUISMO, por Rodolfo Rocker.....	0.15
GERMINAL, por Rodolfo Rocker.....	0.10
RICARDO FLORES MAGÓN, APOSTOL DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL MEXICANA, por Diego Abad de Santillán.....	0.10
LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES Y LAS DIVERSAS CORRIENTES DEL MOVIMIENTO OBRERO, por Rodolfo Rocker.....	0.50
	0.15

Toda correspondencia a nombre de N. T. Bernal.
Apartado postal núm. 1563. México, D. F.